

DISCURSO DE ORDEN

Nombramiento del R.P. Gastón Garatea Yori SS.CC. como Profesor Honorario del Departamento Académico de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)

Patricia Ruiz – Bravo López¹

Estimado Marcial, René, Gastón. Amigos y amigas

Es para mí una alegría pero también un reto hacer esta presentación con ocasión de reconocer a Gastón como profesor honorario de la PUCP. Las razones son múltiples y será muy difícil expresar en poco tiempo todo lo que él significa para nuestra casa de estudios y para el país. Es un maestro que nos honra y queremos aprovechar esta ocasión para expresarle nuestro agradecimiento. Trataré de hacerlo con cariño y honestidad recogiendo las múltiples voces de sus amigas y amigos que me permitieron conversar con ellos para saber algo más sobre nuestro homenajeado.

“Somos de la misma madera” es el significativo título de un libro escrito por Gastón Garatea. En él recoge escenas de la vida cotidiana que lo han impactado, herido, causado dolor. Para empezar, si todos somos de la misma madera, ¿por qué unos sufren más que los otros? ¿Por qué si somos hermanos en Cristo sólo algunos viven en condiciones dignas que les permiten ser libres? ¿Por qué tanta indiferencia frente a la injusticia? Finalmente, ¿qué podemos hacer para salir de esta situación? ¿Cuál es el camino? ¿Cómo encontrarlo?

Tales son las preguntas que guían la vida y obra de Gastón Garatea. En efecto, y como vamos a tratar de señalar en esta breve reseña de su trayectoria vital, si hay algo que lo marca es su permanente preocupación por sus hermanos y hermanas que sufren, por los que tienen sed de justicia, por los que son ninguneados y desconocidos. Es importante, nos dice, acercarse a ellos, conocerlos, acogerlos y comprenderlos. Pero esto no basta. Hay que levantar la voz, actuar, transformar. Es en esta dinámica entre el decir y el hacer que podemos ubicar su vocación y su camino. Como suele repetirnos: “el Evangelio no está para ser sabido sino para ser vivido” y este reclamo de coherencia, fundamento de su enseñanza, es también un desafío para cada uno de nosotros.

No basta pues con ser piadoso. Hay que estar con los otros, reconocerlos como iguales. Y ello cuesta pues supone reconocer nuestra debilidad, nuestra dificultad para encontrar en ese otro a alguien “como uno”.

Gastón sabe que la tarea no es sencilla pero sí urgente. Los otros no pueden sernos ajenos ni indiferentes. Y nos convoca, con afecto y persistencia, a esta búsqueda de la proximidad y del encuentro. No podemos escapar —señala— de la reflexión íntima, de aquel diálogo que nos dice quienes somos realmente. Su llamado resuena, nos interpela, nos convoca. Y es así que muchos peruanos y peruanas de distintos grupos, clases, culturas y edades lo han seguido, han trabajado

¹ Profesora principal del Departamento Académico de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Desde el año 2009 es Directora Académica de Responsabilidad Social de esta casa de estudios.

con él, y, juntos, han construido propuestas que han trascendido los espacios privados y locales para llegar a la esfera pública. Es el caso, entre otros, de la Mesa de Concertación de Lucha contra la Pobreza y de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación sobre los que volveré más adelante. Pero, antes trataré de responder unas preguntas más:

¿Cómo nos convoca? ¿Cuál es su carisma o encanto? ¿Y cómo así nos vemos tentados a seguir sus propuestas? Para lograr una respuesta tenemos que rastrear la impronta de la espiritualidad de la Congregación de los Sagrados Corazones. Monseñor Dammert, en una historia sobre los años fundacionales de nuestra universidad, nos cuenta que el padre Jorge Dintilhac tenía la gran virtud de sumar esfuerzos, de comprometer a los otros interpelando lo mejor que había en cada uno de ellos. Pero para lograr que muchas personas acogieran sus propuestas, él daba el primer paso, y era ese ejemplo de alegre vivacidad el que hacía que sus convocados se sintieran comprometidos con su llamado. Y es debido a ese trabajo de tantos colaboradores, que dieron su tiempo y esfuerzo de manera voluntaria, que la Universidad Católica se afirma pese a la carencia de recursos económicos. Es este mismo espíritu el que ilumina a Gastón y le permite congrega, organizar, y construir. Como lo han indicado muchos de los y las entrevistadas para este discurso: Gastón es como un puente que acerca a la gente que vive en este país, en este Perú que pese a su crecimiento económico muestra aun barreras, abismos y heridas por sanar.

Y es a esta capacidad de comprometer a los otros —a costas de comprometerse él aun más— y a los logros que de ello obtiene nuestro ahora colega a lo que me quiero referir en lo que sigue.

Gastón, un etnógrafo incansable

A lo largo de su trayectoria, Gastón ha estado pendiente de los otros más cercanos pero también ha sabido estar atento a lo que ha sucedido en el país y el mundo. La sensibilidad lo ha impulsado a la comprensión y al actuar eficaz. Se ha sorprendido pero también indignado y cuestionado. Todo ello lo ha estimulado a conocer en profundidad. A valorar lo vivido. Esto es clave en cualquier disciplina pero en las Ciencias Sociales, donde ahora lo acogemos con mucho orgullo y cariño como profesor, esto es crucial. Hay que saber mirar. Todo científico social tiene que desarrollar este don, esta habilidad de sorprenderse y registrar aquello que no siempre se distingue pues se oculta tras el semblante de la normalidad, del “aquí no pasa nada”, del “estoy bien”, que imponen el sentido común y la retórica. Esta capacidad para calar en la experiencia es la clave para conocer y transformar. Y, en ello, Gastón tiene mucho que enseñarnos pues es la observación atenta, unida a la comprensión empática y a la reflexión sostenida las que posibilitan el conocimiento profundo de los pueblos, sus culturas, sus organizaciones pero también sus sueños y frustraciones. Pero no es sólo eso. Gastón guarda estas vivencias, las revisita, les da vueltas, hace de ellas un cúmulo de saberes y preguntas que le permiten regresar nuevamente a mirar con otros ojos —enriquecidos por la reflexión y el diálogo interno —y con los otros— , aquello que parece conocido. Por eso no deja de pensar y proponer.

Hace poco, cuando el azúcar se le había subido y yo le reprochaba que estuviera en reuniones y le señalaba que su deber era descansar, me contestó que ya tendría tiempo más adelante, que la desnutrición infantil no bajaba y que había que trabajar en varias propuestas para que el Congreso

se haga cargo. “Hay que moverlos pues si no no se avanza”, me dijo. Así que salió a enfrentar su tarea y, cuando después de varias horas, regresó, me dijo: “así es patrona, poco a poco avanzamos”. Luego supe que en su Grupo impulso por la infancia primero se había reunido con un grupo importante de empresarios para luego ir a encontrarse con una comisión de congresistas.

En “Somos de la misma madera”, el libro que mencioné al inicio de este discurso, muchas de las escenas muestran esta mirada aguda y ese saber que nos interpela y convoca. Nos habla de los campesinos, los maestros, las mujeres, los niños, pero también de los viajes interprovinciales, las navidades y las fiestas. Cada escena es una etnografía plena de mundo, que nos hace recordar la sensibilidad con que Arguedas nos habla en sus textos sobre sus amigos, sobre sus sueños, alegrías y pesares.

Pasaré ahora a presentar de manera breve algunos periodos de su vida que han sido significativos y que él ha logrado elaborar en aprendizajes que busca compartir.

En el barrio del parque Castilla, cuando niño, conoció a mucha gente de diversos orígenes y distintos intereses. Es importante notar que su infancia transcurrió en este barrio en el que se encuentran los distritos de Lince y San Isidro. Tal vez sea un anuncio de su vida futura. Así aprendió el juego, la amistad, la alegría, la mataperrada. Es fama que Gastón era medio palomilla, de manera que grande fue la sorpresa de sus padres cuando llegaron dos sacerdotes de los Sagrados Corazones a felicitarlos por que su hijo había decidido ser cura. Los padres imaginaron que se trataba de Carlos, el hijo mayor, pero su sorpresa fue mayúscula cuando se enteraron de que era Gastón, el benjamín de la casa, quien había tomado ese camino. Como señala uno de sus familiares “el comportamiento normal de Gastón no hacía prever una decisión como esa” Y claro, para esa época, un palomilla, un joven alegre y movido, no era visto como “sacerdotable”. Pero esa anécdota expresa bien la manera en que Gastón ve y vive su sacerdocio: desde lo cotidiano, distante de los protocolos, buscando lo sencillo y afirmándose más en la vida que en las ceremonias.

Y así fue que emprendió su viaje a Chile para formarse en el seminario de los Sagrados Corazones. En ese país las experiencias con sus compañeros seminaristas fueron claves. Desarrolla y consolida su vocación y, entre las personas que influyen en su formación, está el padre Esteban Gumucio, quien fue el Maestro de Novicios en los Perales, a donde nuestro querido profesor honorario llegó en Febrero de 1958. Hace unos meses, Gastón, que me veía algo agobiada puso en mis manos un libro de poemas del padre Gumucio, de quien, en ese entonces, yo no sabía nada. Leí algunos poemas y en efecto me cayeron muy bien. Estaba frente a una sensibilidad que me llegaba hondo. Hace poco se lo tuve que devolver pues lo iba a prestar a alguien que lo necesitaba. Ahora pienso que tal vez era para él mismo.

Ya de regreso en Lima empieza a enseñar en el colegio Recoleta del cual será luego director. Luego será nombrado por su Congregación superior provincial para el Perú y Ecuador. Pero, como a él no le gustan los títulos ni los oropeles, no abundaré en sus nominaciones pero sí en lo que sembró y en lo que aprendió de esas experiencias. El encuentro con los jóvenes lo impulsan a reflexionar sobre los valores que se deben enseñar y la manera de hacerlo. Por ello, e inspirado en las

propuestas del Concilio Vaticano II, apostó por abrir el colegio a su entorno haciendo de la Recoleta un espacio más diverso y múltiple. Se trataba entonces de que los y las jóvenes de clase media se encontraran con otras realidades, con personas de trayectorias y experiencias disímiles y que reconocieran las diferencias como algo que los enriquece. Es esta convivencia la que él considera clave en la formación en valores pues es en la práctica cotidiana donde se aprende el amor por el otro, el respeto, la tolerancia, la justicia y la caridad. Nuevamente “el Evangelio está para ser vivido”. Un amigo cuenta que para Gastón lo relevante no era solo lo que el docente hacía en el aula sino también lo que hacía en el patio, en el recreo. Se trata de promover el vínculo, pues la formación del carácter se da en las relaciones, en el diálogo en los espacios cotidianos, en las cosas sencillas, aquellas que equivocadamente se cree que no tienen nada que ver con el Evangelio.

El etnógrafo Gastón detectó la importancia del juego, del debate, del arte, de las conversaciones, de lo que sucede fuera de las aulas —de lo extracurricular— para la formación integral; aquella que no solo busca enseñar contenidos sino también educar el espíritu promoviendo el compromiso con el país.

Aprendió también relacionándose con los padres de familia. Apreció las diferencias entre ellos pero también logró dialogar con los “ricos y famosos” sin aspavientos, sin sermones pero con firmeza y serenidad. Gran parte de este aprendizaje sobre la diversidad, la tolerancia y el reconocimiento lo ha puesto en práctica nuevamente en la Universidad y en la Dirección Académica de Responsabilidad Social, donde lo tenemos como asesor. Son muchos los paneles y seminarios de las distintas facultades en los que Gastón ha expuesto y debatido con estudiantes, empresarios, docentes, sacerdotes y autoridades regionales sobre pobreza, violencia, interculturalidad, vida cristiana, responsabilidad social, pedagogía y concertación. Muchos son los y las jóvenes que nos visitan y a quienes Gastón acoge, enseña y apoya. Fomenta su espíritu abierto, alegre y palomilla. Ve en ellos una promesa con la que hay que trabajar. De manera similar trabaja con docentes y administrativos que vienen a pedir su consejo y en muchos casos mediación.

Otro hito en su trayectoria es su trabajo en Ayaviri, Puno; primero como Párroco y luego como Vicario. Esta es, según varios de sus amigos y amigas, una experiencia vital pues entra al Perú profundo, ese que cuando te abre sus secretos te compromete hasta la médula y te cambia en lo más íntimo de tu ser. Y eso le pasó a Gastón como también a muchos de nosotros. El encuentro con los campesinos y campesinas le reveló un mundo otro que él podía conocer pero con el que no había convivido. La primera parte de las narraciones de “Somos de la misma madera” hablan sobre esta vida difícil, precaria pero también esforzada y gozosa. Ve la pobreza descarnada y la injusticia que la reproduce, y todo ello le duele pero no lo inhabilita para actuar. Desde las Ciencias Sociales diríamos que ve la estructura pero también la agencia. Lo micro y lo macro, la economía y la política. Pero, para él, esto no es lo importante, y menos lo urgente. El desafío es trabajar desde una horizontalidad que cuesta y que te sumerge en la vigencia del racismo y la subordinación. Muchos son los momentos en que los y las pobladores siguen tratando a Gastón como si fuera el patrón, el que dicta como hacer las cosas, el que sabe lo que ellos ignoran. Pero él reacciona, no

recorre el camino fácil de hablar por ellos. Los acompaña, los espera, los escucha. El viaje al Congo revivió muchos de estos aprendizajes a la vez que le mostró cuan lejana y distante puede ser África. Lo poco que la conocemos y lo mucho que nos falta para acercarnos. Esto nos permite pasar, de manera breve a otra faceta de Gastón.

Gastón el padre, el amigo, el hermano que conforta

La búsqueda de un encuentro real con los otros lleva a Gastón por muchos caminos. Uno de ellos es la música, la guitarra, la cultura. Es un buen cantante y disfruta mucho tocando la guitarra. Tanto familiares como amigos lo recuerdan gratamente escuchando las canciones de Serrat así como la música criolla. Las carreras de caballos y el fútbol son también espacios de diálogo y alegría. “Un burrero total” dijo una de las entrevistadas a la vez que nos contaba cómo, a partir de las carreras, se presentaba una ocasión para hablar del país, de su gente, de las urgencias. También le gustan las bromas y es muy amigo de poner apodos —Esta es creo otra manera de acercarse—. En la Dirección Académica de Responsabilidad Social tenemos a “La palomilla”, “El gordo”, “Mínima”, “La patrona” y él, a quien llamamos “Hatun Tayta” (Gran padre).

Con su gallada del barrio visitan a amigos enfermos y a la vez que conversan y se divierten, acompañan y escuchan a quienes lo necesitan. Por la oficina vemos pasar muchos amigos que buscan en Gastón una frase de aliento, un consejo, un momento de escucha atenta. Una joven que entrevistamos nos cuenta de esta apertura no sólo con los conocidos. Cuando ve a amigos en problemas ella le pide a Gastón que los reciba y él accede sin dudar. Desde la Dirección lo vemos siempre atento al teléfono y listo para agarrar su carro y salir al encuentro del otro. La gente que lo conoce lo recuerda con cariño pues él está siempre allí, no te da la espalda cuando lo llamas y lo necesitas. Pero también señalan que no siempre es fácil escucharlo. Puede ser incisivo y exigente.

Pero, en este rol, intenta no juzgar desde arriba ni condenar. Da consejos y serenidad, enseña los caminos posibles, genera empatía y alegre complicidad. Comunica a unos con otros y los alienta a seguir. Busca formar comunidades y establecer lazos fuertes entre las personas. Son muchos los niveles en que fomenta la comunidad: la familia, la comunidad Héctor de Cárdenas, la comunidad de los Sagrados Corazones, la comunidad de recoletanos, la comunidad de la PUCP y la comunidad nacional. Construir y alentar las comunidades es practicar la comunión, el amor al prójimo y el compromiso con el país. Pero es siempre un desafío el mantener la comunidad viva y practicante. Hay que estar atentos y no dejar que el tedio o el desánimo ganen la partida.

Pasemos finalmente a su faceta en el espacio público:

Gastón y las políticas públicas: la mesa de concertación y la Comisión de la Verdad y la Reconciliación

El gobierno de Valentín Paniagua acababa de ser nombrado y todo el equipo estaba consciente que su mandato era corto, que la sociedad estaba agobiada por la corrupción y la violencia; que la población había sido manipulada y clientelizada de manera que en el ambiente reinaba la incertidumbre, la desconfianza, la fragmentación. Rápidamente se dieron cuenta que era

necesario restablecer vínculos de confianza, generar espacios de encuentro entre el Estado y la sociedad. Se crea así la Mesa de Concertación de Lucha contra la Pobreza y llaman a Gastón, quien se encontraba en Puno, un viernes en la noche, para pedirle que se encargue de organizarla. Como cuenta un amigo de Gastón: “No había nada, había que crear todo, se partía de cero pero se tenía la voluntad política. Se necesitaba un conductor que fuese eficaz, trabajador, comprometido, honesto y que genere confianza. Y coincidieron que Gastón era la persona”.

Gastón aceptó el reto, una vez que su comunidad le diera el permiso, y comenzó una de las experiencias más importantes que ha vivido el Perú en los últimos años. De hecho las mesas movilizaron miles de voluntades comprometidas con la ilusión de un futuro diferente para el país. Y sin duda, ello se debe a todas las personas que pusieron su trabajo, en muchos casos voluntario, pero también a la presencia de Gastón cuya impronta marcó el diseño de las mesas, la dinámica del trabajo, la participación social, la proyección política y los resultados en la vida de las personas. Es esta dimensión, la de la persona humana como fin último y más importante, la que enfatiza Gastón. Las políticas deben ser buenas y eficaces pero la pregunta es siempre por el impacto en las personas, en su dignidad, en su vida cotidiana, en su constitución como ciudadanos con derechos.

Entre el 2000 y el 2007, periodo en que Gastón estuvo en la conducción de esta institución, se llegaron a formar más de 700 mesas a nivel nacional en los niveles departamental, provincial y distrital que a lo largo y ancho del país agrupaban a representantes de la sociedad civil, del Estado, y de las empresas. Ellos se sentaban a dialogar, a hacer propuestas para enfrentar los problemas de desarrollo local, regional y nacional. Estos encuentros no eran fáciles y las tensiones y brechas estuvieron presentes. No obstante ello no les impedía continuar, deliberar y llegar a consensos en algunos casos mínimos pero relevantes. Es en estas dinámicas que se van generando liderazgos, ciudadanía y aprendizajes mutuos. Luego, esto se traduce en los planes de desarrollo concertado que son la antesala de los procesos de descentralización y de los presupuestos participativos.

La experiencia mostró así que el diálogo es fructífero, que reunidos de manera sistemática y permanente se pueden elaborar propuestas y ser creativos. Todo ello es posible si se tiene la confianza en que los esfuerzos van a ser reconocidos e implementados. Es esta convicción en que el trabajo colectivo es valioso lo que anima y vitaliza las mesas.

Si nos detenemos un momento en las mesas y en su diseño —participativo, concertador, descentralizado— podemos ver que en ellas Gastón hace converger sus diversas experiencias y apuesta por transformarlas en políticas. El etnógrafo es consciente de la diversidad de actores y necesidades; de las diferencias regionales, de género; y de las distintas clases sociales que entran en juego. El amigo y cura sabe que el trabajo requiere del amor, la solidaridad, la tolerancia y el respeto pero sobre todo del reconocimiento de la humanidad del otro, de su compleja densidad. Y es así que tal vez sin darse cuenta —o sin querer queriendo, como diría el Chavo del Ocho, entrañable personaje de Roberto Gómez Bolaños—, Gastón pone en acción toda su experiencia vital para llevar adelante una tarea inédita de concertación en la que apela a todas sus redes y amistades. Banqueros, mineros, campesinas, artistas, profesores, autoridades, entre otros; se juntan en este esfuerzo. La mayoría se compromete por el cariño y la confianza —palabra clave

según otro testimonio— que tienen en la conducción. Se trata de un guía que aglutina voluntades. Todo aquello que sembró a lo largo de los años se activó y logró cosechar material y espiritualmente. Las personas recuerdan los viajes interminables de Gastón por todos los pueblos y con todas las gentes. No se cansaba, había urgencias que atender. De una reunión en una comunidad podía movilizarse a Lima al Acuerdo Nacional para hacer *lobby* en relación con políticas claves en las que era necesario acuerdo. Y tan pronto salía regresaba a su comunidad Héctor de Cárdenas para acompañar en sus inquietudes a muchos amigos y amigas que lo esperaban para conversar, cantar o trabajar en comunidad, otra palabra clave en la trayectoria de Gastón.

En resumen, y antes de pasar a su participación como comisionado de la CVR, lo que quiero resaltar es esta particular forma de hacer política y lograr importantes asignaciones presupuestarias. Gastón pone la ética como eje fundamental de las mesas y de la política pública. La persona es el fin último y la concertación es el camino. La divergencia no debe asustar. Por el contrario, es en el debate donde las personas se conocen y encuentran. Gracias a este esfuerzo se logró importantes modificaciones constitucionales en las que se destaca la importancia de la descentralización y la concertación en la consolidación de la democracia.

La Comisión de la Verdad y la Reconciliación: el padre que escucha

Entre las personas entrevistadas no hay acuerdo sobre la experiencia que marcó más la vida de Gastón. Para unos fue su trabajo en Ayaviri, para otros fueron las mesas. Finalmente hay quienes ven en su trabajo en la CVR el hito más significativo. Quedará en Gastón la respuesta. Lo que sí podemos decir es que su presencia en la Comisión de la Verdad y la Reconciliación fue clave por muchas razones. En primer lugar porque se trataba a un colectivo diverso, heterogéneo, en el que era necesario ponerse de acuerdo para cumplir una tarea histórica. La concertación era clave y en ello Gastón tenía algo que decir. También fue importante su voz valiente y discrepante en momentos de dudas y tensiones. Gastón no se calla lo que piensa y no se deja llevar por lo que puede ser políticamente correcto. Lo que él cree lo dice abiertamente y sin ambages. Es así como se construyen los consensos, dice. Si cada uno oculta lo que en verdad piensa la desconfianza se instala y el diálogo se frustra. Es esta convicción en la expresión abierta de las ideas y en el diálogo la que le ha generado más de un problema, algunos de los cuales todos conocemos. Pero esa es su convicción más profunda y no va a abdicar de ella en su lucha por los que sufren, pues como él repite siempre, Jesús está entre los pobres, los enfermos, los que son estigmatizados, los que sufren violencia o detención injusta. Dicho de otro modo, y siguiendo el mensaje del Evangelio, Jesús se hace presente entre quienes vieron vulnerados y avasallados sus Derechos Humanos sin que nadie, y menos quién debió hacerlo, se preocupara por acogerlos y darles cobijo, paz y justicia.

En la CVR sus tareas fueron muchas. Una de ellas fue la de tender puentes entre los distintos grupos de afectados, crear las condiciones para que el encuentro y el diálogo fuesen posibles. Ello lo volvió a llevar por todo el Perú para acercarse a quienes vivían en los lugares más lejanos y olvidados. Él y su equipo encararon difíciles momentos de tensión y dolor con la esperanza de la

reconciliación, de la justicia y de la construcción de un nuevo pacto social, uno que sane y repare. Uno que aún está en camino de ser logrado.

Si la gente —de distintas clases, regiones, creencias y culturas— responde con tanto afecto, prontitud y cariño (y eso lo podemos ver en las miles de personas que vienen firmando comunicados para que el Cardenal recapacite y le permita ejercer su sacerdocio en Lima) es porque reconocen en Gastón a alguien justo, tolerante y abierto a las diferencias. Alguien que busca hacer las cosas bien, que escucha y muestra los muchos caminos, espacios y rostros en los que Jesús habla y se hace presente. Lejos del boato, de la ilusión del poder, de las formalidades, de las reliquias, y del discurso vacío de amor, Gastón nos llama a ver en las mujeres maltratadas, en los enfermos terminales, en las víctimas de la guerra interna, en los que buscan justicia, el camino de Jesús, la vigencia de la caridad.

Seguir a Jesús es una lucha cotidiana, un esfuerzo constante, un permanente reafirmarse en el que —aunque no tengamos todas las respuestas— la fe es aquello que nos hace continuar empecinados en la vida. Gastón nos muestra esto y varias cosas más a las que me he referido en este discurso en un fragmento de uno de sus escritos, que cito a continuación:

Señor, quiero hablar contigo y no puedo.

No me atrevo a dirigirme a ti

pues antes no he podido hablar

con mis hermanos más pequeños.

Cuando quiero dirigirme a ellos

encuentro una barrera muy grande

que me impide decirles que soy

nada más que un hermano más.

Me miran desconfiados y para no herirme

únicamente me sonríen.

Yo les sonrío y se alegran

Pero tampoco me entienden.

Su desconfianza me duele

Pero realmente la justifico

Pues no soy uno de ellos sino un extraño

(Señor no puedo rezar. En: Somos de la misma madera 31)

Y, si, el texto nos interpela. Muchas son las preguntas que nos quedan. Pero muchas son también las voluntades. Y por eso hoy, Gastón, queremos decirte que te entendemos y compartimos tus luchas y tus sueños. Somos tu comunidad y vemos en ti a una persona que nos ilumina en las múltiples maneras de vivir la fe y que nos convoca a hacer de esta universidad una casa amable para todos.

Muchas gracias.